

INSISTIENDO SOBRE  
LA CUESTION MEDITERRANEA

-Teniente Coronel R. GIRARD-  
(De la revista Forces Armées Français  
ses, Abril de 1973).  
Traducido por el Coronel de Ingenie—  
ros DEM y EMACON D. Juan Manuel  
SANCHO SOPRANIS y FAVRAUD.



Origen de una civilización de múltiples prolongaciones, colmada de riquezas intelectuales, espirituales y artísticas, cansada de acontecimientos históricos y sin embargo sintiendo hervir en ella la sangre de lo renovado, la región mediterránea sigue siendo uno de los temas de atención del mundo moderno.

Por ello, como antaño se hizo con la Cuestión de Oriente, se puede ahora hablar de la Cuestión mediterránea: ésta, por otra parte, no es más que la heredera de la precedente. En efecto, una región que alberga nacionalidades fuertes y múltiples ofrece un terreno propicio a las disensiones; atrae por ello las ambiciones y las intervenciones consiguientes. En el pasado, el Mediterráneo ha conocido muchas veces la expansión de estados conquistadores que, tras un dominio más o menos largo y completo, se han esfumado, dejando detrás de sí una situación inestable. Así, después del final de la potencia otomana y de la de los imperios coloniales europeos, esta región del mundo busca un nuevo equilibrio, lo que suscita el interés, entre otros, de las superpotencias.

Simultáneamente, el mundo moderno ha añadido sus propios problemas a los que se planteaban ya de siempre.

Por ello no debe extrañar que, en estas condiciones, se observe en estos lugares la coexistencia difícil y a veces el enfrentamiento de fuerzas tan diversas como complejas. Cabe incluso preguntarse si un verdadero equilibrio puede tener alguna probabilidad de instaurarse algún día, y esto es lo esencial de la cuestión. Antes de intentar contestar, conviene estudiar las características principales de tal situación.

## EL MEDIO GEOESTRATEGICO

La zona mediterránea bordea un mar relativamente estrecho, de una longitud de 4.500 km. por una anchura media de 1.000 km. A escala moderna, éste puede parecer un lago alargado muy grande o también un amplio

canal que desemboca por tres pasos estrechos. Uno sólo de estos pasos está relativamente libre, el estrecho de Gibraltar, de 15 km. de ancho, que desemboca en la alta mar atlántica. La otra vía natural, el conjunto Dardanelos y Bósforo, se estrecha hasta los 300 metros de ancho, pero sólo lleva a un callejón sin salida, a una especie de anexo del Mediterráneo, el Mar Negro. Finalmente, el canal de Suez, salida artificial y precaria como lo demuestra hasta la evidencia la situación actual, se abre sobre otro canal natural, el Mar Rojo, unido a las grandes extensiones del océano Índico por el estrecho angosto de Bab-el-Mandeb. El espacio marítimo que nos interesa se halla además dividido en su centro por avanzadas terrestres que sólo dejan un paso de 150 km. entre Sicilia y Túnez. Este mar es, por lo tanto relativamente fácil de controlar; en su día, Gran Bretaña había cuidado de asegurar su presencia en las dos salidas a los océanos así como en el paso central, a la par que le cerraba a Rusia el libre acceso a los estrechos turcos. Actualmente, si la Unión Jack sigue ondeando sobre el peñón de Gibraltar y se sigue manteniendo en Malta y en Chipre, la ruta de las Indias ya no es la vía imperial de antaño. En efecto, España y Marruecos manifiestan cada vez más la consciencia de su situación geográfica, Malta se esfuerza en negociar lo mejor posible su posición militar y sus bazas políticas, el istmo de Suez ha visto transformarse su vía de paso marítimo en línea de vigilancia de dos ejércitos adversarios. En cuanto a los estrechos turcos, ya no son un obstáculo mayor para la acción del gobierno moscovita. O sea que, no siendo ya ni zona de influencia reservada ni atajo marítimo privilegiado, el Mar Mediterráneo ha vuelto a ser el gran estanque con ribereños numerosos e inquietos que los autores antiguos gustaban de describir.

Si, después de las aguas, se considera el espacio terrestre correspondiente, la pertenencia a la zona mediterránea propiamente dicha se limita actualmente a los países ribereños o casi ribereños, unidos por el recuerdo de antiguas relaciones históricas, económicas, culturales, religiosas, de efectos materiales e ideológicos siempre sensibles.

El observador no puede negar que Fenicios, antiguos Griegos, Romanos e hijos de Abraham han dejado huellas muy importantes en las poblaciones de ambas orillas; y todavía se puede encontrar en ellas los recuerdos de la Cristiandad y los del imperio de los Califas. Sin embargo, los siglos no han pasado en balde: la orilla Norte está, en su conjunto, ampliamente metida en el modernismo tecnológico, mientras que la orilla Sur trata todavía de dominar sus problemas de evolución y que el Este sigue conmovido por la brusca reaparición de un Estado judío.

Desde luego, estos países ribereños no están aislados, ya que los medios de comunicación modernos hacen las naciones cada vez más dependientes unas de otras. Las naciones de la orilla Norte se vinculan en forma distinta al conjunto europeo. Por su parte, los países árabes sienten que tienen vínculos particulares con los del Golfo Pérsico y del mundo islámico; miran con frecuencia cada vez mayor más allá del Sahara, hacia los países del Africa Negra, los cuales están en relación histórica y económica con los Europeos. Los Estados Unidos de América, a su vez, por intermedio de sus alianzas, han incluido esta zona en su sistema de seguridad; la Unión Soviética tiene la mitad de las costas del mar Negro y, por el Pacto de Varsovia, está presente a proximidad inmediata de los ribereños del Este europeo. Hay que observar también, a propósito de las relaciones exteriores, que el Mediterráneo está situado en una latitud propicia al establecimiento humano y que a esta altura pasa normalmente la corriente aero-marítima más importante que circula entre grandes masas de pueblos (Europa, URSS, Asia del Sur y del Suroeste, América del Norte). A este propósito, es notable que la parte de población propiamente mediterránea es numéricamente muy inferior a las otras masas que acaban de ser evocadas. Además, por el mismo hecho de las atracciones exteriores, el conjunto mediterráneo no tiene prácticamente ninguna cohesión en el momento actual: la vinculación de la casi totalidad de los países a sistemas militares o políticos más o menos sólidamente organizados (NATO y Liga Árabe) y muy diferentes, hace esta dispersión particularmente sensible.

La disparidad económica es la más perceptible. Las orillas Sur y Este, adosadas a desiertos, no disponen, para una población rápidamente creciente, más que de un espacio útil limitado, pese a todos los esfuerzos — realizados para ampliarlo (caso particularmente claro para Egipto). En cambio, los yacimientos de petróleo son allí muy ricos, y la proximidad de la inmensa reserva del golfo Pérsico hace que el aceite mineral llegue en cantidad más que abundante. (1)

Muy distinto es el panorama de la orilla Norte, en la que el suelo útil es menos restringido, prolongado por regiones templadas y bien regadas, y por lo tanto favorables a la vida. Pero en esta región los recursos minerales más interesantes para una economía moderna son muy deficientes,

---

(1) Es posible que los fondos marítimos del Mediterráneo contengan también grandes yacimientos. Pero esto queda por comprobar y sería preciso en tal caso poner a punto la técnica de explotación a grandes profundidades.

las industrias dependen cada vez más de materias primas importadas y también del capital humano y el progreso tecnológico, consecuencias del adelanto adquirido en la modernización.

Esta breve descripción justifica por una parte el interés que presenta el Mediterráneo en los asuntos humanos y, por otra parte, confirma esta impresión de confusión que se experimenta al seguir en él la evolución de los acontecimientos diarios. Se puede no obstante esperar ver más claro de dándose a hacer resaltar los elementos motores de la evolución de la situación así como los grandes problemas que por ello mismo se plantean.

### LAS PRINCIPALES CORRIENTES DE FUERZAS

El modernismo, el más reciente de estas corrientes, es tal vez a fin de cuentas el más difícil de dominar. Se ha ejercido en forma muy distinta sobre cada una de las orillas mediterráneas. Después de haber dado un brillante testimonio de civilización en marcha durante la Edad Media, las orillas oriental y meridional se habían dormido, sin darse cuenta oportunamente de la importancia de la evolución que nacía en Europa y hacía de ésta la cuna de la era moderna, científica e industrial. Este movimiento no podía dejar de extenderse también hacia los países próximos del Magreb y de Oriente Próximo. Irrumpió en ellos en forma económica, política y militar; y, por el hecho de las condiciones respectivas, desembocó en primer lugar en la colonización. El choque resultante fué tanto más sensible cuanto que tendía a trastornar todo un modo de vivir y toda una organización social; parecía incluso amenazar el concepto profundo que allí se tenía de las cosas.

Al pasar el efecto de sorpresa y llegar el tiempo de una apreciación más serena, los pueblos así afectados han llegado a la conclusión de que el mismo mantenimiento de su identidad fundamental pasaba por la aceptación de la corriente modernista y por el dominio de ésta.

Pero el modernismo crea sus propios problemas, tanto entre sus adeptos antiguos como entre los más nuevos; lo que no hace desaparecer por ello los tabiques erguidos entre pueblos tan diversos.

Los particularismos forman en efecto un conjunto muy variado de fuerzas que se oponen a menudo, pero cuya influencia conjunta sigue siendo no obstante potente. La mayor parte de estas fuerzas es profunda y antigua. Se trata en primer lugar de particularismos locales modelados por la geogra

fía y por la historia: agricultores del Nilo, montañeses del Mogreb, navegantes de la antigua Siria, hijos de la estepa o del desierto; pueblos de Iberia o de las Galias, de la península italiana, de los Balkanes y de Grecia. Hay que citar aparte a los Turcos, antiguos conquistadores replegados en su "prado cuadrado" y los Judíos, que han vuelto recientemente a Tierra de Promisión. Estos particularismos locales se han convertido, en su mayoría, en particularismos nacionales, reforzados por los conceptos muy rigurosos de estado y de fronteras propios de nuestra época. Finalmente, en el interior de cada nación se encuentran profundas diferencias sociales, políticas, religiosas o étnicas.

También existen tendencias unitarias, pese a particularismos. Cada una se caracteriza por una ideología motriz y una realidad base. Un primer ejemplo es el del movimiento árabe-musulmán: persigue la imagen ideal de la gran nación árabe y se dirige a pueblos unidos por la cultura, la lengua y, en la mayor parte de los casos, por la religión. También se puede citar el esfuerzo de los Europeos hacia una comunidad, hija de la Latinidad y de la Cristiandad, era cuya base concreta es ante todo económica. El sionismo, en su aspiración a reagrupar a los hijos dispersos de Israel, se inscribe asimismo en esta categoría; se apoya, por su parte, en una unidad de filiación física y religiosa, así como en una base territorial, política y económica. Se puede también notar la voluntad de comunidad africana, materializada por la Organización de la Unidad Africana (OUA). Finalmente, desde hace algún tiempo, se comprueba una referencia cada vez más frecuente al principio de "el Mediterráneo para los mediterráneos"; con su corolario de una reivindicación concreta, la eliminación de la influencia de las superpotencias.

Las influencias exteriores representan sin embargo, en nuestros días, el grupo de corrientes de fuerzas más potente. El Mediterráneo brinda, en efecto, múltiples posibilidades de ingerencia a los "Super Grandes". Se puede ver en él a los Estados Unidos tratando de contener o por lo menos de limitar la extensión de la Unión Soviética sobre una región antaño controlada casi totalmente; mientras que Moscú está cada día más poseído por el deseo de añadir el dominio marítimo al que ya tiene en el continente. Tanto una como otra de estas grandes potencias actúa de dos modos. Directamente, juegan mediante su presencia militar (VI Flota y "Eskadra") y mediante su influencia diplomática, económica y, en cierta medida, ideológica. Indirectamente, actúan en nombre de una alianza y por medio de ésta (NATO y Pacto de Varsovia), de las cuales el Mediterráneo, en ambos casos, constituye el flanco meridional y, por lo tanto, un terreno de posible enfrentamiento. Hay que notar que esta influencia está sometida a una doble limitación: un país mediterráneo puede siempre jugar con las rivalidades de Moscú y Was-

hington, mientras que estas dos capitales han de tener también cuenta sus restantes intereses en el mundo.

De empujes tan intensos y tan diversos sólo podía resultar la inestabilidad.

## LOS TRES GRANDES DESEQUILIBRIOS

Las principales dificultades que afectan la región mediterránea se caracterizan ahora con evidencia. Son: la adaptación al mundo moderno, los conflictos localizados y la hipoteca de las grandes potencias.

### La adaptación al mundo moderno

El problema es de interés mundial, pero se presenta aquí con una nitidez particular y bajo sus dos aspectos principales: la evolución propia de cada nación y las relaciones entre países desigualmente desarrollados.

Si para empezar se considera las naciones aisladamente o a un mismo nivel de desarrollo, se descubre en todas partes la dificultad de hacer coincidir la evolución de las mentalidades y la de las estructuras con el progreso técnico. Las naciones "provistas" de la orilla Norte buscan un modo de vida menos constringente; mientras tanto han de enfrentarse a los problemas inmediatos del equipo desigualmente desarrollado, de la mano de obra, de los abastecimientos de materias primas y de las salidas comerciales. Los países de la orilla Sur deben, además del desarrollo general, resolver en lo inmediato el problema de la explosión demográfica que amenaza sin cesar los progresos ya realizados. Finalmente, si cada nación mediterránea tiene su propio problema de desarrollo bien caracterizado, el Estado de Israel tiene en él un muestrario casi completo de las dificultades de evolución.

Si se examinan ahora estas naciones por grandes categorías, la industrializada y la subindustrializada, se comprueba que las deficiencias propias de una y de otra son a primera vista bastante complementarias. La primera, en efecto, necesita mano de obra y salidas comerciales; la segunda tiene exceso de trabajadores, materias primas para vender y no puede aun fabricar todo lo que necesita. Desde luego, ya se han efectuado intercambios compensatorios, pero pese a ello persiste el desequilibrio. No es normal ni rentable, desde muchos puntos de vista, que existan tales trasvases de población. De hecho, los países industrializados ven frenada su modernización

por las condiciones de una mano de obra desprovista de cualificación, y los países subindustrializados se ven de este modo inclinados a no intensificar su evolución, cuya necesidad se oculta tras los paliativos. Pese a su importancia humana y económica, los problemas del modernismo parecen todavía soportables, frente a los conflictos de todo género que conoce la región.

### Los conflictos localizados

Resultan de los particularismos, y también de ciertas tendencias unitarias. En términos generales, las naciones mediterráneas tienen que resistir a desequilibrios interiores bastante graves. Hay todavía faltas de entendimiento históricas o debidas a disparidades diversas. La rivalidad que opone a Grecia y a Turquía a causa de las luchas de comunidades en Chipre, la reciente disputa entre los gobiernos libio y marroquí son también formas de rivalidad, a veces inquietantes pero hasta ahora no dramáticas.

El conflicto árabe-israelí ocupa, desde luego, en este terreno un lugar muy particular. Aparece como uno de esos asuntos orientales complejos por esencia, o como un tema de tomas de posición a priori. Se tiene a menudo tendencia a exagerar su alcance o a olvidar a veces el papel potencial de detonador de un conflicto mundial. Para tener una visión clara, hay que distinguir el elemento central y las componentes periféricas.

En su origen, hay el pueblo judío que llegó en masa a Palestina tras una de las más trágicas persecuciones de su historia, en una tierra habitada por un pueblo de religión musulmana (o cristiana en un 10%) y de cultura árabe. La instalación de más de 2 millones de judíos ha coincidido con el exilio de un millón de refugiados árabes palestinos. Mientras los israelíes estiman que no han hecho otra cosa que volver a casa, parece que por lo menos una parte de los Palestinos árabes rechazan la nueva condición que se les ha impuesto. Este desacuerdo entre un pueblo sólido, Israel, y otro débil, los Palestinos, sólo podía terminar sin frases o tomar formas indirectas. Así, a falta de conflicto israelo-palestino, hemos visto surgir conflictos periféricos; el más importante es el israelo-egipcio, en el cual lo que se ventila no está, por otra, limitado a Palestina.

En efecto, cada uno, Israel y Palestinos, está ampliamente apoyado por una comunidad simpatizante. La "diáspora" de los Judíos repartidos en el mundo alimenta Israel con subsidios y con inmigrantes. Los demás países árabes han tomado en principio a su cuenta la reivindicación de sus hermanos palestinos contra un elemento alógeno y dinámico que trata de insertarse en su medio. Por ello no hay que extrañarse que Egipto, la más impor-

tante de las potencias árabe-musulmanas y también de Oriente Próximo, se haya puesto en cabeza de esta especie de cruzada. Los demás países árabes han adoptado una actitud semejante, aunque muy matizada según los países, en el grado de compromiso ideológico o efectivo. Parece que, a la hora actual, no se reúnen las condiciones de un acuerdo de buen grado entre árabes e israelíes: los primeros se comportan como si las posibilidades militares de Israel, por muy brillantes que sean, no pudiesen dejar de ser limitadas y los segundos reclaman en vano que sea debidamente reconocida la existencia de su Estado. Mientras tanto, nadie se mueve, y si los antagonistas pueden persistir en sus intransigencias es porque cada bando cuenta con el apoyo técnico, material y financiero de una superpotencia. Por ello persiste el riesgo de que, en una situación mundial que llegue a ser explosiva por cualquier motivo, una llamarada repentina del conflicto árabe-israelí pueda desencadenar un enfrentamiento general. Y esto con mayor motivo si, como piensan algunos observadores, Israel dispusiera de armas nucleares.

### La hipoteca de las grandes potencias

El conflicto árabe-israelí ilustra, pues, todo el peso de los Estados Unidos y de la URSS en los asuntos mediterráneos. Todo se pasa, en efecto, como si Moscú y Washington dispusiesen allí de una especie de "derecho de influencia" nacido de los datos fundamentales de la situación. Entre estos datos está desde luego el riesgo que representa esta región del mundo pero aún más, sin duda, la vecindad inmediata de la URSS. Para el Kremlin es fuerte la tentación de asegurarse la garantía de estas salidas hacia los océanos mediante la creación de una zona de influencia. También es natural que los países rebereños se inquieten y que deseen liberarse de ellas. Pero, los Estados mediterráneos están desunidos y muy desarmados; y algunos particularmente a causa de las necesidades del desarrollo y de la carga de los conflictos locales, que los hacen dependientes de los países ricos y fuertes. Hay allí un verdadero círculo vicioso, porque los conflictos atraen las intrusiones exteriores y éstas, hasta ahora, los alimenta. De modo que, lógicamente, en esta empresa de las superpotencias se encierra el problema principal actual para el Mediterráneo, el que condiciona en gran parte la eventual solución del conflicto más grave.

¿En qué medida puede esta doble hipoteca, por continuación de la paradoja, corresponder a un entendimiento de las dos principales potencias mundiales? Si nos referimos a las declaraciones oficiales americanas, los intereses de ambos países están en oposición en esta región del mundo, con la reserva de que ni uno ni otro desea dejarse arrastrar a una guerra. Esta última consideración hace que asistamos aquí a maniobras particularmen

te elaboradas, incluidas en la gran partida de ajedrez que juegan la URSS y los Estados Unidos en todo el mundo. Sin embargo es difícil imaginar que se pueda llegar a un arreglo del conflicto sin por lo menos la aprobación conjunta de estos dos grandes Estados.

Pero si potencias exteriores tienen allí tal influencia, se tiene tendencia a minimizar la importancia de esta región en los asuntos mundiales. ¿Qué se puede finalmente esperar de ello?

### POSIBLES RESPUESTAS A LA CUESTIÓN MEDITERRÁNEA

Ahora hace falta intentar contestar a la cuestión mediterránea. Cualquiera que sea la clarificación que haya podido aportar al estudio del problema, la, o mejor dicho, las soluciones no siempre son evidentes. Al menos intentaremos aproximarnos a alguna de ellas.

En pocas palabras, hay que saber si esta región será un lugar de enfrentamiento o una zona de equilibrios prometedores.

#### El Mediterráneo y el mundo

Hay que reconocer, después de las anteriores reflexiones, que por ahora esta región, esquemáticamente limitada a los países ribereños, sólo lo presenta en sí un interés de segunda fila en los grandes asuntos mundiales.

Si interesa más o menos directamente acerca de trecientos millones de habitantes, éstos, en gran parte, tienen sus preocupaciones en otros lugares. Ninguna potencia puede razonablemente pensar en hacer su unidad y en asegurar su desarrollo bajo su exclusivo impulso. Se distingue de este modo de los dos otros grandes conjuntos mundiales cuyas potencialidades son mucho más claras. Esta comprobación de la importancia secundaria del Mediterráneo se ha realizado en el momento del reciente conflicto indo-pakistaní, cuando un renuevo de tensión en Oriente Medio quedó entonces pura y simplemente sin efecto, porque las miradas del mundo se habían dirigido sin titubeos hacia Bengala. Y sin duda ha sido un error ver únicamente una excusa al achicamiento en la amarga observación que poco después hizo el Presidente Sadat.

En nuestros días no hay más remedio que reconocer que el Mediterráneo representa a los ojos de los fríos calculadores de las grandes estrategias mundiales una encrucijada más que una entidad. Como ya se ha dicho, se encuentra en él elementos tan diversos como los estados europeos,

los países árabes, Israel, Yugoslavia y Albania, sin contar las grandes corrientes mundiales de circulación y de las salidas petroleras. Pero, para conservar la imagen de la circulación, esta encrucijada saca sobre todo su importancia actual por ser un "punto negro". Tan fuertes desequilibrios, en pueblos tan apasionados por temperamento y relativamente libres en sus decisiones, amenazan siempre la paz mundial. Por ello, para resolver la incertidumbre permanente resultante, más valdría en primer lugar tratar de encontrar soluciones a los problemas particulares que allí se plantean.

### ¿Soluciones a los problemas actuales?

Aunque tengan en sí una importancia relativa a nivel mundial, los grandes desequilibrios mediterráneos reclaman, pues, soluciones. Tampoco son igualmente amenazadores.

Por cargadas de consecuencias que a veces puedan estar a nivel particular, las luchas en el interior de las naciones sólo pueden producir cambios verdaderamente sensibles a nivel regional en la medida en que repercuten ampliamente hacia el exterior, por cambios de alianzas por ejemplo; se unen entonces al problema de la rivalidad de las grandes potencias.

Por lo que se refiere a la disparidad económica entre las orillas Norte y Sur, dos caminos se abren para el porvenir. El primero es el de la facilidad, en el que los países industrializados seguirán la pendiente natural de su desarrollo absorbiendo materias primas y también una mano de obra superabundante proporcionadas pasivamente por los países de la orilla Sur. El segundo, que requiere un esfuerzo deliberado y concertado por ambas partes, sería el de un mejor equilibrio entre naciones, llevaría a crear puestos de trabajo en número suficiente en los países en vías de desarrollo, dándoles así la posibilidad de una evolución real. Es lógico que el interés bien entendido de todos tiende hacia la segunda solución, concordando en esto con el aspecto humano del problema. En efecto, en el primer caso, los países sub-industrializados del Sur no podrían, por falta de recursos, suponer una salida valedera para los productos cada vez más abundantes de las naciones del Norte. Estas padecerían en su propio territorio los inconvenientes de tal situación, debido a la presencia en su suelo de un elemento no asimilado, en cantidades excesivas y en posición socialmente inestable; por otra parte, una mano de obra poco especializada y a bajo precio incita a la rutina industrial y paraliza el progreso. Finalmente, en los países de la orilla Sur, cabe esperar que la elevación del nivel de vida ponga un freno a la expansión demográfica hasta ahora incontrolada.

En cuanto a los problemas suscitados localmente por el modernismo, parece ser que se puede tener confianza en la capacidad de adaptación de los pueblos; el tiempo, en este terreno, con la ayuda exterior y la obstinación de los dirigentes, será el mejor auxiliar.

El problema más grave por su agudeza y por su carácter obstinado es la oposición entre israelíes y árabes. La relativa calma actual puede ser solamente un descanso que prepare una nueva confrontación, violenta pero breve o menos aguda pero de larga duración. Objetivamente, es imposible en este momento prever cómo y cuando puede resolverse el conflicto. Es ciertamente fácil establecer la lista de las soluciones teóricamente viables; consolidación duradera del Estado de Israel y re-clasificación, in situ de la mayor parte de los refugiados palestinos -reabsorción del Estado israelí y reinstalación de los Palestinos-, compromiso que lleva a una forma de Estado mixto. Cabe también imaginar caminos posibles hacia estas soluciones, ya proceda el arreglo de una batalla decisiva, del esfuerzo conjunto de las grandes potencias, de una negociación llevada a cabo por las instancias internacionales oficiales o bajo la égida de los Estados ribereños del Mediterráneo, o incluso también del cansancio de los adversarios más directos. Esta enumeración esquemática no puede, desde luego, incluir todas las variantes de resultados a los que tal situación podría dar lugar, pero, de cerca o de lejos, se acercan a los modelos anteriores. Actualmente, el camino aparentemente menos impracticable sería el de un compromiso impuesto conjuntamente por las grandes potencias, sin la ayuda de las cuales les costaría mucho trabajo a los protagonistas mantener su hostilidad. Pero entonces resulta que Moscú y Washington tendrían que remover numerosos obstáculos en otras partes del mundo para poder llegar a esta meta.

Mientras tanto, las tentativas de apaciguamiento procedentes de diversos horizontes, incluso si no llegan a nada, desempeñan sin embargo un papel, el de alimentar la esperanza y de contribuir a mantener la rivalidad a un nivel relativamente limitado. La situación tan compleja en su detalle, brinda múltiples combinaciones posibles, intermedias o completas, provisionales o definitivas, y no siempre es preciso esperar para emprender.

Si muchos observadores coinciden en pensar que la influencia de las grandes potencias en el Mediterráneo no puede decrecer en tanto que el conflicto árabe-israelí no haya sido resuelto, la opinión contraria empieza a manifestarse en algunos ribereños. En los del Sur, particularmente, que reclaman cada vez con mayor frecuencia la neutralización del Mediterráneo. El año pasado, el Presidente Bumedíán decía, en forma más llena de imagen que de rigurosa adaptación, que era preciso "vietnamizar" los problemas, es de

cir, alejar de ellos los grandes intereses exteriores. Más aún, se declara a veces también que la seguridad europea interesa directamente todos los países ribereños (2). Es cierto que hasta ahora no ha habido en todo ello más - que palabras y no medidas concretas, pero así se inician a menudo movimientos que más tarde cobran importancia. Para llegar a ello habría que resolver muchos problemas, además de los que ocupan la actualidad. Serían, como es lógico, de tipo político y marítimo: volumen deseable y facilidades de movimiento para las escuadras de los países ribereños, paso de los buques soviéticos, régimen de navegación de los distintos estrechos y del canal de Suez y, sin duda, finalmente límites de las aguas territoriales. Entonces, estas aguas - que vieron tantas batallas sólo serían un día un lugar de encuentro. Si ello es posible, ¿bajo qué forma aparecerá este cambio?

### El Mediterráneo, foco potencial de una nueva radiación

Sin querer, desde luego, acomodar el porvenir a puntos de vista personales, siempre cabe hacer la hipótesis de un conjunto mediterráneo con vocación económica y, en cierta medida, política.

Gracias a la consecución de un nuevo equilibrio entre los países industrializados del Norte y las naciones en vías de desarrollo del Sur, se puede pensar en el Mediterráneo como en una ancha vía de comunicación entre ribereños, equivalente, en mayor escala, a los grandes lagos americanos, por ejemplo. La vía marítima facilitaría el transporte de las distintas materias primas, de productos industriales y demás (3). Asimismo, el clima agra

(2) Extracto del comunicado común argelino-egipcio-libio del 6 de mayo de 1972: "Los tres presidentes expresan su convicción de que los Estados ribereños del Mediterráneo y más particularmente los Estados no alineados y no integrados en bloques tienen la obligación de establecer un diálogo y de proceder a acuerdos con el fin de hallar en toda libertad soluciones a los problemas políticos locales, lejos de toda maniobra extranjera..... Los tres presidentes han procedido a un intercambio de puntos de vista acerca de las iniciativas emprendidas para la reunión de una conferencia sobre seguridad europea. Han puesto de relieve la importancia y el alcance de tales iniciativas respecto a todos los resultados positivos o negativos que podrían influir sobre la situación de los países ribereños del Mediterráneo.

(3) El canal de Suez no parece todavía anticuado. Existe un plan para ampliarlo para el paso de 200.000 toneladas y los medios modernos permiten alcanzar aún mayores rendimientos más adelante.

dable de la región podría hacer crecer rápidamente un establecimiento humano, que ya no sería limitado por la poca cuantía de los recursos naturales - utilizables. No es utópico pensar que un día la orilla no formaría sino una - gran Megápolis, "nebulosa polinuclear"; como ya se constituyen sobre las costas francesas e italianas. Resultaría de ello inevitablemente la formación de lazos económicos y de comunicaciones culturales que podrían traer consigo un renacimiento del Mediterráneo como centro de irradiación mundial. Poco o mucho, no sólo los Estados ribereños, sino los continentes o sub-continentes vecinos se verían interesados: África, Europa, Asia occidental. Tales intercambios no se reducirían sin duda a los terrenos material y humanista: podría resultar un cierto grado de concentración política.

Tal perspectiva parece extrañamente lejana e irrealizable cuando se considera la situación del Mediterráneo tal como se presenta actualmente. Más si las civilizaciones son mortales, a veces también les puede llegar el renacimiento en forma de una rama vigorosa que brote de un tocón todavía ampliamente arraigado. Es cierto que nuestro país, tanto por su aspecto auténticamente mediterráneo como por los lazos que lo unen a todos los países limítrofes, estaría especialmente bien situado para participar en tal evolución.

Cabe siempre soñar, y por qué no, que se pueda instaurar un - día un mejor equilibrio en el mundo actualmente sometido a los sobresaltos - de un período de transformaciones y que los viejos pueblos del Mediterráneo, después de haber cultivado durante tanto tiempo simultáneamente el humanismo y la discordia, acabarán por dar un ejemplo comunicativo de sabiduría y de apaciguamiento dentro del respeto recíproco de cada uno.